

# FIN DE UNA POLEMICA

## ALEGATO

El profesor y amigo Dr. Rama comienza olvidándose su derecho procesal. Porque si los autos están para alegar, ¿cómo sostiene al fin de su carta que todo lo ocurrido hasta ahora son juegos preliminares? Si los autos están para alegar, y le tomo la expresión, ello quiere decir que (por lo menos) ya ha existido demanda, contestación y prueba. Pero no extrememos estas manoseadas analogías. Quiero ser breve, a pesar de que mi replicante tiene el arte de escribir corto para hacerse contestar largo. Y si debo serlo, tengo que empezar por señalar que el Dr. Rama comete una simplificación clamorosa. Mis críticas se dividirían, según él, en dos tipos: tiquis-miquis de forma, en los que el autor se declara incompetente, y cuestiones metódicas, en las que me declara incompetente a mí. No se lo discutiré y sea ésta una manera de concluir. Pero, quienquiera haya leído mi texto inicial, puede recordar que lo principal de mi crítica no se mueve en ninguno de esos dos ámbitos. Y sólo acerca del primero, que tan poco aprecia, señalaré que la exactitud de la expresión, la pulcritud del dato, la minuciosa verdad de la referencia, la precisión de las filiaciones dibujan, por así decirlo, la realidad misma. Y la ciencia (cualquier ciencia) no puede renunciar alegremente a la realidad. A la realidad, no a ciertas bellezas estilísticas (o gramaticales), como él dice. Y en cuanto a esas cuestiones metódicas, de las que me excluye, sólo postularé que, sin ser un especialista y moviéndome en planos extraños a mi quehacer habitual, hice objeciones que no se han levantado.

A otra cosa. Y ésta se halla en la segunda parte de su carta. En ella mi replicante esgrime lo que se llama clásicamente el argumento ad-hominem. En esa forma de "defensa-por-transferencia", que no defiende, en el caso, el libro, pero ataca a su presunto atacante; el Dr. Rama sugiere que todas mis reservas a su Ensayo han sido, digámoslo así, pseudo-metódicas y cripto-ideológicas. Las objeciones a su obra sólo lo serían, en el fondo, a las posiciones que defiende.

En sustancia, que con su lista de seis preguntas, el autor me quiere hacer aparecer como socialmente reaccionario (partes de la pregunta (a)), peronista (preg. (b)), enemigo de nuestra tradición liberal (preg. (c)), motinero (preg. (d)), oscurantista (preg. (e)) y en cuanto a la pregunta (f) confieso que, en puridad, no sé lo que quiere hacerme sostener. Después de decir, de paso, que me parecen demasiadas moscas para que vuelen en escuadrilla, señalo que, sobre todo con el verbo articule del mandato inicial, se pretende sugerir que yo insinúo tácitamente, que deo entrever esas defensas. No me parece un modelo de fair-play y podría contestarle a mi objeto que me señalara en qué pasajes de mi artículo ese verbo insinuar pudiera ejercerse. Y yo podría interrogarle, a mi vez, que, aún en la posibilidad de que en este instante declarara paladinamente las filiaciones que me atribuye, en qué sentido ello levantaría mis objeciones. Mis objeciones, pongamos por caso, a su planteo de una sociología nacional, a su filiación de los principistas, o a su terminología de las clases.

Pero en fin, el Profesor Rama me somete a un examen y me encuentro con que, a pesar de lo antedicho, si hurtara el cuerpo a él, ciertas partes de mi trabajo quedarían (como las fotografías tomadas con mala luz) veladas. Y sin más, a hacerle el gusto.

## LATIFUNDIO, LIGA FEDERAL Y SOCIEDAD PASTORIL

Al emplazamiento a) siento, aunque ya es empezar mal, no conformarlo. Como ya decía que en mi artículo no defiende en ningún instante el latifundio y sólo me limito a distinguir

entre sociedad rural y latifundio, y como no soy escriba mercenario para defender causas en las que no creo. el Dr. Rama tendrá que buscarse otra persona para que le suministre tan espinosos materiales. Tal vez me mostre más que al Profesor Rama el reiterado alegato nacional de una clase que se dice la creadora de la riqueza pública, cuando es apenas la tenedora, la intendente (bastante inepta) de un poder telúrico y biológico que trabaja por sí solo (la industria del toro en primavera, que tantos han dicho). Pero como toda persona que pasó de los veinticinco años me disgusta cierta demagogia antilatifundista que prescinde alegremente (aun sabiendo que existe) de toda consideración económica y productiva. Y aunque odie toda referencia personal, sepa el Profesor Rama que no tengo una sola hectárea de campo y que la posesión de magnas cantidades de tierra no me parece éticamente legítima. A pesar de ello, no comprendo la preferencia del autor por las reformas agrarias realizadas directamente por las masas y desde abajo respecto a las que planifique un Poder que sirva a los desposeídos con inteligencia y vistas largas. En un libro tan poco sospechoso de antiprogresismo como el admirable de Simone de Beauvoir sobre China (La longue marche), puede encontrar el Profesor Rama un examen comparativo, muy reciente y con validez mundial, de los dos caminos. Y recordar que, en sociedades de base agropecuaria, hay un límite infranqueable para cualquiera de ellos y ese límite es la producción misma, ese límite es, a contrario sensu, el hambre que a todos nos ronda cuando la producción decrece o desaparece. Pero esto nos llevaría muy lejos. Y busque simplemente el Dr. Rama los defensores del latifundio en donde ellos están: en ciertos sectores estridentes de la oposición, en ciertas instituciones, en ciertos diarios (incluso en alguno que ha tenido con él reiteradas gentilezas). Sé que entre esas instituciones no se encuentra la Liga Federal, representante notoria de la pequeña y media propiedad agraria. Mi replicante lo sabe tan bien como yo

y no parece buen método pragmático de sociología (o lo que sea) la desfiguración deliberada de la verdad. Y para la defensa de la Liga Federal, el Profesor Rama y yo tenemos algunos amigos comunes que pueden hacerlo con evidente solvencia. Si quisiera recurrir, incluso, a algo ya edito le recomendaría dos artículos publicados en diciembre en "El Debate" (horresco referens) por la pluma notable de Alberto Methol Ferré.

En cuanto a la sociedad pastoril tengo que sintetizar, porque el tema me daría para otro libro tan voluminoso como el Ensayo. Sé que en sus términos literales y tradicionales es inviable. Pero también sé que el destino del país está tan distante de esas formas tradicionales como de ciertas líneas de industrialización corrompidas, desafortunadas. La industrialización es la vía de emancipación de los países marginales y el arma de liberación de las masas. Pero, como muchos, temo que tomando como dada la forma nacional cerrada, el problema para los uruguayos sea, en esos términos, insoluble. Pero el hombre (además) no es sólo presente y sólo economía. Como ser arraigado en un país y en una tierra, en términos emocionales, estéticos y hasta intelectuales, quien se sienta inserto en una tradición nacional no puede odiar o despreciar la sociedad pastoril. Y si confieso que prefiero el Uruguay de Hudson al de Berenbaum y las lanzas de Aparicio a las disciplinadas huestes de la Dra. Roballo no me tome el Dr. Rama por un reaccionario. Porque sé que el Uruguay real está más cerca (eso sí, sin ladrones, sin concusionarios, sin bobalicones o sin cínicos) de "Sadil" que de Corralito. Pese a ello pienso que no es un hombre cabal y, sobre todo, un rioplatense cabal aquel que no sienta, por ejemplo, una desgarradora nostalgia cuando en los viajeros ingleses se narra la gloria de una mañana en el campo sin límites (y sin alambrados). O una noche de silencio y cielo inmenso. Y que, experimentando esa nostalgia, no busque, de alguna forma, su borrado sucedáneo entre el trajín y la fealdad de nuestra vi-

da. Porque Sociedad pastoril es simplemente el nombre histórico del mundo natural, y de ese mundo sólo la locura de un urbanismo desorbitado puede segregarnos sin desconuelo. Y si el Dr. Rama no cree lo mismo, simplemente lo lamento por él.

## PERONISMO Y SOCIALISMO

Estoy escribiendo estas líneas bajo la emoción y la alegría del triunfo avasallador de Frondizi. Y me parece que la victoria del pueblo argentino contra las oligarquías y el imperialismo, sus enemigos de siempre, y el camino reencuentro hacia los grandes nortes de la Independencia económica, la Unidad nacional y la Justicia social argentinas, me están dando la razón. Ya hice bastantes distingos y no quiero aburrir a nadie. Igual no nos entenderíamos. El Profesor Rama habla en términos de partidos, yo hablo en término de corrientes. Y como las segundas son más complejas, confusas, ricas y fértiles que los primeros, la discusión podría proseguir hasta el infinito.

## LOS ATAQUES A VARELA

El inciso c) de esta absolución de posiciones (nada de autos para alegar) que estoy contestando, me resulta típico. Y no sólo típico del Profesor Rama. Porque es uno de los más tenaces métodos de la vida intelectual y política uruguaya el endiosamiento de las personalidades. Ante ese endiosamiento todas las reservas son ataques. Si mi replicante considera que lo son tales aventurar que Varela no era un gran pensador, que no era un sociólogo, que sus ideas básicas estaban antes en otros, que existieron otros uruguayos (en su época incluso) más interesantes, tampoco voy a convencerlo de lo contrario. Pero si el Profesor Rama quisiera enterarse realmente de lo que puede ser un ataque a Varela recurra al capítulo del Juan Carlos Gómez (Semblanzas del pasado) de Melián Lafinur. Curiosamente no lo incluye en su copiosa bibliografía y tampoco quiero decir que yo lo suscriba. Pero compárelo con mis tímidas precisiones y extraiga la conclusión después.

EL 31 DE MARZO DE 1933

La sociología y la historia social no son neutrales, y en eso estoy de acuerdo con el Dr. Rama. Trabajan sobre supuestos axiológicos, profesan un punto de vista, se mueven con ideales. Pero reconocido esto, no me parece el modo más científico de abordar sucesos históricos ese de una disyuntiva polémica entre lo defendible y lo indefendible. Supuesta una perspectiva nutrida de valores, el juicio histórico debe mirar todas las cosas sine ira et studio. Y antes de entrar en lo que el golpe de marzo tuvo de dolorosamente útil (por lo dicho anteriormente prefiero este término a los que desecho), observaré que en ninguna parte de mi nota adopté posición ante él. Sólo destaqué que una terminología panfletaria de clases: burguesía ultrarreaccionaria, por ejemplo, escamoteaba lo que fue específicamente el 31 de marzo; esto es la ofensiva violenta de las clases ganaderas endeudadas con vistas a aliviar su propia situación. Leer el Registro Nacional de Leyes de 1933 es topar constantemente con leyes de moratoria hipotecaria: los pobres rurales se habían gastado alegremente el dinero de los años de las vacas gordas y cuando la crisis vino, en 1929, los encontró sin cobertura. Ese factor, claro, no era el único. También fue importante la presión de los grupos inversionistas extranjeros, aunque me inclino a pensar que más bien aprovecharon la situación que ya se había creado. Entre los factores políticos, Quijano recorda hace poco tiempo uno: la desesperanza nacionalista de vencer al coloradismo y la tentativa de dividirlo. Del lado del coloradismo, y

(Pasa a pág. 23)

## Los Problemas Nacionales y la Sociología

Autos para alegar: "Real de Azúa c. Rama".

En la discusión que promoviera el Dr. Real de Azúa a propósito de mi libro "Ensayo de Sociología uruguaya", cabe distinguir tres tipos de cuestiones:

1º) Observaciones de carácter gramatical o estilístico. Desgraciadamente sobre ellas se ha centrado en buena parte la polémica. No me apasiona discutir las jotas o tildes de ningún texto, y menos del que me pertenece.

Como ya dije, todo eso será tenido en cuenta cuando corresponda y trataremos de hacerlo mejor.

2º) Discusiones sobre la conceptualización sociológica, en las cuales inversamente el Dr. Real de Azúa no está debidamente enterado. Es imposible seguir una discusión donde si critico su inclusión de Martínez Estrada como sociólogo, él me contesta trayendo a Heidegger a la palestra. ¿Qué pasaría —me pregunto— si ahora niego a Heidegger?

3º) Hay sin embargo un tercer aspecto más importante y en el cual una polémica puede ser fecunda y es la discusión de algunas de las tesis del libro.

Parafraseando una polémica más importante del siglo pasado, digamos que si mi crítico no es sociólogo por lo menos ha leído mucho, y su opinión interesa como la de un hombre de gran cultura literaria y filosófica, y exponente de una ideología tan particular como interesante.

Dado que soy "el agredido", creo tener derecho a delimitar el campo para evitar circunloquios, fintas, o cualquier salida por la tangente. Mis puntos de vista han sido extensamente tratados en las 400 págs. del libro. Ahora emplazo a Don Carlos Real de Azúa a que claramente:

- articule su defensa del gran latifundio, la Liga Federal y la sociedad pastoril.
- que explique claramente porque entiende que el peronismo es un movimiento socialista.
- que aclare los fundamentos de su ataque a José Pedro Varela.
- que defina lo que encuentra defendible en el golpe de Estado del 31 de marzo de 1933.
- porque no entiende aconsejable la extensión de la enseñanza.
- a quien o quienes atribuye la provocación y orientación de las guerras civiles en el Uruguay.

Esperamos que el Prof. Real de Azúa sea tan cabal en la hora de la verdad, como ha sido de elegante en los juegos preliminares.

Una discusión centrada en esos seis temas sería realmente provechosa y podría eventualmente demostrar las ventajas de la sociología para el estudio de los problemas nacionales. — Carlos M. Rama.

concretamente del batllismo, operó el conflicto (latente desde mucho tiempo atrás, pero destinado a explosión apenas llegara al Poder Ejecutivo un presidente dinámico y ambicioso) entre el poder constitucional de la Presidencia y el principio del gobierno colectivo por medio de la Agrupación Colorada de Gobierno. Agréguese a todo esto ese trasfondo histórico en que se mueven la crisis económica, la ola fascista mundial, el ejemplo iberoamericano de dictaduras y la evidente usura que, en ciertos sectores de la opinión pública, presentaban los principios en que se apoyaba el orden político. ¿Cuál puede haber sido la utilidad de la crisis de este cuadro, que es el propio golpe del 31 de Marzo? Me parece, la primera, el haber demostrado la absoluta esterilidad, la radical inutilidad de los golpes de estado, al modo clásico sudamericano. Y la total diferencia que entre estos golpes existe, y las revoluciones en el sentido más cabal de la palabra. No creo que por bastante tiempo nuestro pueblo, ni ningún sector de él, pueda engañarse y si ante el cuadro nacional presente, la legalidad no se ha roto pienso, sobre todo, que es porque la gente sabe distinguir entre esas dos formas de tan desigual entidad. Nuestras gentes conocen (supongo) que si un golpe de estado es fácil y últimamente inútil, las condiciones de la revolución profunda que el país necesita (y que no importan en modo alguno la violencia, la quiebra de la sacrosanta juridicidad) no se hallan todavía maduras en las condiciones concretas de nuestra existencia uruguaya. Ni maduras en ella ni suficientemente claros sus presupuestos en las mentes de alguna minoría lo suficientemente amplia y desinteresada como para contagiar de entusiasmo creador al país entero y poner en marcha una transformación profunda y no estar dispuesta a volver a sus casas al primer reclamo de "vuelta

## FIN DE UNA POLEMICA

a la normalidad". La otra utilidad del golpe (que no revolución) de marzo, es también de índole negativa. Y es la de haber demostrado que el batllismo (un batllismo mucho más puro, coherente y convencido que el de 1958) es, salvo algunos núcleos y dirigentes, un partido oficial. Y que como partido oficial segregará, siempre que el mandamás de turno, el que tiene la sartén por el mango, lo quiera, un coloradismo independiente. ¿Qué fueron sino el vierismo, el terrismo, el baldomirismo, y ¿por qué no? qué es el quincismo (salvo la diferencia accidental de estar presidido por alguien que lleva el apellido epónimo)? Estas reiteradas bifurcaciones políticas no dejan de brindarnos luces valiosas (aunque aquí me paro) en un inmediato futuro. Aunque no veo de paso qué tiene que ver todo esto con la sociología uruguaya.

### LA EXTENSION DE LA ENSEÑANZA

Busque de nuevo el Dr. Rama el pasaje de mi artículo en que la objeté. Mi contradictor rotula aquí, me temo, como oposición, lo que es complemento o es precisión. Porque cualquiera tendría que comprender que hablar de extensión de la enseñanza no es nada si antes no hay acuerdo de cuál es esa enseñanza que tan onerosamente hay que extender. Confieso mi escepticismo ante lo que enseña la escuela (y no sólo la pública, como el Dr. Rama sospecha). Confieso mi descreimiento ante los bienes que irroga la multiplicación infinita de liceos en el interior. Enseño en Preparatorios y tengo a menudo, como la mayor parte de mis colegas, la sensación de arar en el mar. Descreo menos de la enseñanza universitaria, pero la crisis de los contenidos pedagógicos es ya un problema de orden público nacional y

me parece insincero mientras se insiste en ella clamar, sin un acuerdo previo sobre otros nuevos contenidos, por la extensión, puramente horizontal de todo aquello en que se duda. Pero el tema me llevaría mucho más de lo que el espacio ya me da.

### LAS GUERRAS CIVILES Y SUS CAUSAS

Y llego con alivio al apartado f) de mi absolución de posiciones. Decía al principio que no sospecho en este punto qué es lo que mi contradictor piensa que voy a decir. Lo reitero ahora. Y como ya enunciaba en mi primera contestación una lista de posibles núcleos sociales determinantes, a ella me remito. Creo, sin embargo, que el gran correlato histórico de nuestras guerras civiles son los clásicos desajustes de estructuras y superestructuras, la permanente discordia de nuestro "país real" y nuestro "país legal". Sin ellos, todas las fuerzas levantiscas se habrían mellado contra la solidez, la densidad, de una sociedad bien enquistada. Para volver al plano de lo que pudiéramos llamar los impulsos menores, pienso que, en cada caso, hay que hacer distingos. La inquietud de los militares motineros fue muy evidente del 51 al 75. La influencia deletérea de una prensa muy valiente pero irrealista y agitadora me resulta visible a lo largo de medio siglo pasado. En lo que respecta a las últimas guerras civiles, la lectura de varias vidas de Saravia me ha dejado la impresión de que al volver del Brasil y de sus hazañas con Gumerindo, Aparicio hubiera encontrado en cualquier parte motivos (e impulsos) revolucionarios. En fin, que hay para todos los gustos, y aun los determinantes más privados pudieron operar poderosamente en una sociedad donde todo se resolvía den-

tro de pequeños círculos.

Leyendo hace pocos días, en la Revista Histórica del Museo (T. XXVII) la conclusión de los ciertos informes diplomáticos de Maillefer, ministro de Francia, comenta éste el destierro impuesto por Lorenzo Batlle a los redactores de El Siglo, José Pedro y Carlos María Ramírez, cuya propaganda virulenta amenazaba el orden público. Y registra Maillefer: A uno de mis colegas americanos quien se asombraba de que un establecimiento de esta importancia se precipitara de cabeza en una aventura semejante (de una revolución se trataba): "¿Qué quiere?", respondió el Sr. Duncan Stewart, Ministro de Hacienda. El padre de los Ramírez (Juan Pedro), Senador, salvado de la ruina total por el Barón de Mauá quedó debiendo 50 mil pesos a la Comisión fiscal de los bancos; el vencimiento cae el 1º de marzo próximo y no es la primera vez que una revolución llega a punto para sacar de apuros a deudores insolventes".

No quito ni pongo rey: hablan Maillefer, que, con sus diecisiete años de vida montevideana no debía creer en brujas, y Duncan Stewart, que fue un patriarca de nuestra vida administrativa. El ejemplo es sólo para señalar la cantidad de factores privados que por la guerra civil trabajaban, es apuntar a la audacia, y el peligro, de fallar, sin la debida compulsión histórica, por una sola causa. Y nada más.

Pero no sin reiterarle al Profesor Rama que se equivoca en cuanto a que éste es el debate real y todo lo anterior juego preliminar. Este, por el contrario, es un juego epilógico. O, como se dice en algún deporte, el período de alargue. Que me sirva, por lo menos, para pedir disculpa a mi replicante por cualquier exceso en que pueda haber incurrido; que me sirva para reclamarle que, cerrado este surco que tal vez nos dé algún fruto a los dos, la antigua cordialidad sea restablecida.

Carlos Real de Azúa.

## Prioridad Para la Imagen

El crítico y poeta inglés Herbert Read siempre se las ha arreglado para conseguir algún tipo de ansia renovadora como sostén original de sus ensayos. Si en *Art and Industry* (1934) enumeró algunas exigencias de adaptación para la belleza funcional, si en *Education Through Art* (1943) arremetió contra ciertos ritos de la educación inglesa y propuso la sustitución, en esos ri-

tos, de la memoria por la imaginación, ahora en *Icon and Idea* (\*) trata de establecer un derecho histórico de prioridad para los símbolos del arte. La tesis es lo bastante revolucionaria como para que Read deje sentado su propio estupor desde el tercer párrafo: "Si la imagen precede siempre a la idea, en el desarrollo de la conciencia humana, como yo afirmo, no sólo

debemos volver a escribir la historia de la cultura sino que también debemos revisar los postulados de todas nuestras filosofías". Casi nada.

En realidad, se trata de una serie de conferencias pronunciadas por Read en la Universidad de Harvard. El autor debe recurrir virtualmente a todo el arte universal (desde el anónimo artista de Altamira hasta Klee y Picasso) para la demostración de su doctrina. La imagen precede a la idea, según Read, y ese convencimiento también precede en su

actitud de crítico a la consideración de todo período de arte, al juicio sobre cada obra en particular. El brillo expositivo con que el autor cumple su ardua tarea, el bien vestido estilo con que examina las diversas actitudes estéticas que le proporciona la historia del Arte, no alcanzan para disipar una constante sospecha del lector: que, a los efectos de consolidar su hipótesis, el autor haga uso de tendenciosas discriminaciones y elija estrictamente cada paradigma, sin confiar demasiado en el azar.

Después de todo, ésa es la vulnerabilidad de toda obra que establezca de entrada una ley y trate luego de aplicarla a todo el desarrollo de la historia, a todas las capas de la sociedad.

Curándose en salud, Read admite que "tratar de establecer esta teoría en siete breves conferencias es una imperi-nencia, y nadie podría darse cuenta mejor que yo mismo de mis limitaciones para la gran empresa de consolidar una teoría tan débilmente sostenida. Exigiría un conocimiento detallado de la historia comparativa de las civilizaciones, especialmente de las fases formativas de éstas; y ya en segura posesión de todos bilidad lógica para ordenarlos los hechos necesarios, una habilidad, ni me queda tiempo suficiente de vida para adquirir ninguno de los dos; pero estoy profundamente convencido de la verdad de mi hipótesis y creo que está lo suficientemente cimentada en la experiencia para poder lanzarla a la ferocidad de la crítica".

Sin embargo, por más feroz que sea esa crítica, no dejará de reconocer que se trata de un libro realmente provocativo, en el que la erudición es sólo una corriente subterránea que ni recarga el estilo ni hace que el lector se sienta disminuido. Tal vez no sea imprescindible volver a escribir toda la historia de la cultura para disfrutar plenamente de este libro inteligente y enterado.

M. B.

(\*) HERBERT READ: *Imagen e idea*. Traducción de Horacio Flores Sánchez. Breviario del Fondo de Cultura Económica. México, 1957.

1868 FEBRERO 1958

AL CUMPLIR 90 AÑOS DE ACTUACION EN

EL COMERCIO NACIONAL, NOS COMPLACE HACER LLEGAR A LA BANCA, COMERCIO, INDUSTRIA, INSTITUCIONES OFICIALES, PRENSA, RADIO, CLIENTES Y AMIGOS, NUESTRO SINCERO RECONOCIMIENTO A LA COLABORACION CON QUE NOS HONRAN A TRAVES DE NUEVE DECADAS DE ININTERRUMPIDA LABOR, DE LA CUAL NOS ENORGULLECEMOS POR HABER SIDO ELLA CONSTRUCTIVA CONTRIBUCION EN LA CRECIENTE PROSPERIDAD Y DESARROLLO EJEMPLAR DE NUESTRO PAIS.

CLERICETTI & BARRELLA S.A.  
RINCON 729 - MONTEVIDEO